

X

EGERIA, PRIMERA ESCRITORA LATINA, CUYA OBRA HA LLEGADO HASTA NOSOTROS

J. Eduardo López Pereira
(Un. de la Coruña, Santiago de Compostela)

Me he propuesto poner en valor a una de las escritoras que ha brillado en más alto grado en el momento de mayor esplendor de la literatura latina en la Gallaecia. Porque los siglos IV y V son, sin lugar a duda, los siglos de oro de la literatura latina en la Gallaecia, ya que, en menos de dos siglos, coincidió una serie de escritores que hicieron brillar la vieja Gallaecia romana a un nivel nunca jamás alcanzado a lo largo de su historia. Una etapa que yo he titulado, en alguna ocasión, como la Edad de Oro de la literatura latina en aquella provincia romana. Un fenómeno que no es fácil de entender, tratándose de la parte más alejada de la capital del imperio, allá en el *Finis Terrae*> Finisterre, el último rincón occidental de Galicia en el mundo actual.

Lo primero que pretendo es aclarar y comprender qué entendemos por Gallaecia, ya que territorialmente no es lo mismo que la Galicia actual. Absorbida unas veces por la Lusitania, formando parte otras veces de la Tarraconense, comenzaría a dibujarse como tal "Provincia Gallaecia" a partir de Tiberio, abarcando Asturias y Cantabria con Caracalla en el año 214, en el que formó parte de la "Hispania Nueva Citerior Antoniana". Mas su constitución definitiva, y ya con el nombre de "Provincia Gallaecia", no se va a dar hasta Diocleciano, que repartió Hispania en siete provincias, con su reforma del año 289¹.



En esta ocasión, además de poner en valor la condición de mujer escritora que es Egeria -porque muy poco hay de Proba en el centón virgiliano que ella escribió, y muy poco también de Perpetua en su *Passio Perpetuae*, que la precedieron- intentaré esclarecer

¹ A. Tranoy, *La Galice romaine. Recherches sur le nordouest de la Péninsule Iberique dans l'Antiquité*, Paris 1981.

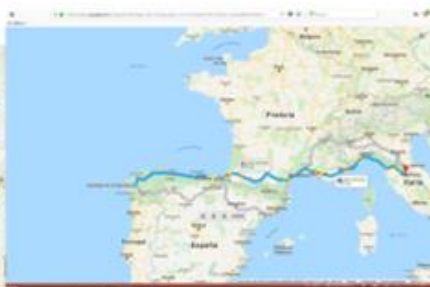
algunas dudas que aún persisten sobre su origen o procedencia, sobre su personalidad – monja dicen algunos- y sobre su valor literario, como autora de la primera obra de relatos de viaje como peregrinación, y no meramente literario, como muchos de los que ya se habían escrito desde la antigüedad griega y latina. De ahí que parezca más acertado llamar a su obra *Peregrinatio ad Loca Sancta* que *Itinerarium*, como también es reconocida. Porque Egeria es una peregrina, no una viajera o turista, como diríamos hoy.

Para descubrir la personalidad de Egeria solo contamos con el manuscrito que contiene su obra y que hoy se conserva en la ciudad italiana de Arezzo, copiado posiblemente en el monasterio de Monte Casino en el siglo XI, conocido como *Codex Aretinus*.

Oculto estuvo la obra de Egeria, desde el siglo IV en que ella la escribió de su puño y letra, como un diario de viaje, hasta que en 1884 la descubrió Gian G. Gamurrini, y la editó por primera vez en 1887. Pero como el texto está falto de los primeros folios –y también de los últimos- y no tiene nombre de autor, se le atribuyó a Silvia de Aquitania, y así figuró hasta que, en 1903, M. Ferotin, en su artículo “Le véritable auteur de la *Peregrinatio Silviae*, la vierge espagnole *Ethérie*”, dejó ya fijado para siempre el nombre de Egeria².

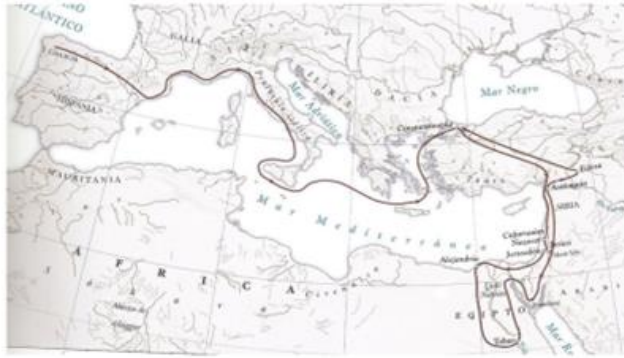
Manuscriptum: Codex Aretinus
VI, 3, saec. XI
(cf. [Capitulum X, 9, fol. 42](#) et
[Capitulum XI, 1, fol. 42](#))

AREZZO (Italia)



La siguiente cuestión que me he planteado es la de llegar a saber de quién se trata: quién era esta mujer, capaz de conocer la lengua latina hasta el punto de poder leer y escribir en latín, durante su viaje, una espléndida descripción de todos los avatares que pasa y sufre en su largo viaje de más de 5.000 kms y en su estancia durante la Semana Santa en Jerusalén.

² *Revue des Questions Historiques* 74 (1903) 367-397.



No es infrecuente oír hablar de la "monja" Egeria o de la "virgen" Egeria. Incluso uno de sus traductores y estudioso de la personalidad y de la obra de nuestra escritora, el franciscano A. Arce, tituló, en 1980, así su libro: *Itinerario de la Virgen Egeria (381-384)*. La verdad es que todo induce a pensar en una "monja"; o casi todo, porque veremos que algo no cuadra al final, y manifestaré mi opinión.

El monje Valerio, del territorio de Gallaecia, como era Egeria, pero del siglo VII, nos la describe así: "Esta bienaventurada *monja Egeria*, consumida por la llama del deseo de la gracia divina, con el sustento de la majestad del Señor, emprendió un largo periplo por todo el orbe, con todas sus fuerzas y su corazón intrépido. Así, avanzando poco a poco bajo la égida del Señor, llegó a los sacratísimos y anhelados lugares del nacimiento, pasión y resurrección del Señor y hasta los cuerpos de mártires esparcidos por diversas provincias y ciudades para orar ante ellos y alimentar su devoción".

Ella misma se autodefine como muy curiosa: "Yo, como son muy curiosa, empecé a preguntar ...".

Y en verdad, que hacía falta mucha curiosidad y un gran espíritu aventurero para emprender tal viaje, lleno de dificultades y peligros, caminando unas veces a caballo, otras sobre camellos o encima de un burro, como ella misma nos recuerda.

Egeria puede que haya sido una "monja" de aquella época, lo que no quiere decir que fuera lo mismo que hoy entendemos por tal término. Es verdad que ella construye este relato para las que ella misma llama "sorores", "dominae venerabiles sorores", que hay que interpretar como "hermanas en religión". Quizás formaban un grupo de mujeres dedicadas a la oración y al servicio de Dios.

Pero, por otra parte, esta circunstancia y condición de "monja" se compagina mal con el hecho de disponer de los medios necesarios para emprender un viaje tan largo y lleno de dificultades, como revela el hecho de atravesar el desierto del Sinaí protegida por los soldados romanos asentados en la frontera, para preservarla de posibles ataques de salteadores: "A partir de este punto despachamos a los soldados que nos habían brindado protección en nombre de la autoridad romana, mientras nos estuvimos moviendo por parajes peligrosos. Pero ahora se trataba de la vía pública de Egipto, que atravesaba la ciudad de Arabia, y que va desde la Tebaida hasta Pelusio, por lo que no era necesario ya incomodar a los soldados (9,2)³".

Otro tanto podemos decir de la atención que le prestan los monjes, los sacerdotes e incluso el obispo, como se puede comprobar por el análisis interno del contenido del texto, en

³ La numeración por párrafos se corresponde con la edición de E. Franceschini- R. Weber, *Itineraria et alia geographica*, Tournhout 1965.

palabras de la propia autora: “El sábado por la tarde... nos acogieron muy hospitalariamente los monjes que vivían allí (en el Sinaí), ofreciéndonos toda su hospitalidad; hay allí también una iglesia con un sacerdote... el domingo muy temprano comenzamos a subir cada uno de los montes con este sacerdote y con los mojes que vivían allí” (3,1).

En otra ocasión es el obispo de Edesa quien sale a recibirla: “El santo obispo de esta ciudad, un hombre muy religioso, monje y confesor, recibíendome muy cordialmente me dijo ...” (19,2).

En fin, esto no se armoniza bien con una sencilla mujer natural de Gallaecia. Si ya es difícil de explicar su nivel educativo, capaz de hablar y escribir en latín, y de entender y transcribir las palabras y los giros griegos que escucha en Jerusalén, en una de las regiones más alejadas del centro político y cultural del imperio romano, como es Gallaecia, más difícil resulta aún explicar de dónde provenían los medios de transporte y económicos necesarios para un desplazamiento de tantos miles de kilómetros. De ahí que fácilmente venga a la mente la idea de su pertenencia a una familia muy acomodada de Gallaecia.

Esta idea se refuerza más al considerar la atención que le prestan los clérigos, los monjes y, más aún, los obispos, como el de Edesa, pero sobre todo hay un hecho muy singular que nos orienta y nos da luz para cercar más el posible ambiente familiar en el nació y vivió la peregrina Egeria.

Me estoy refiriendo al momento en que, de paso por la línea fronteriza que separaba el imperio romano del imperio persa, y ante el peligro que suponía hacer ese camino, se le asigna un grupo de soldados para cuidarla: “Hay desde Clysmá, o sea, desde el mar Rojo, hasta la ciudad de Arabia cuatro etapas a través del desierto. Por un desierto, sin embargo, que, a cada etapa, tiene destacamentos con soldados y oficiales que nos acompañaban siempre de un fuerte al otro” (7,2).

Estos soldados la acompañan todo el tiempo necesario y, cuando al llegar a la Tebaida, ya no precisa de su protección por ser un lugar seguro los despacha con estas palabras: “Desde allí mandamos volver a los soldados que, en nombre de la autoridad romana, nos habían prestado auxilio siempre que caminábamos por lugares sospechosos” (9,2).

La pregunta surge de inmediato: ¿qué “autoridad romana” le podía prestar su ejército para protegerla? La respuesta parece obvia.

Sabemos que el emperador que gobernaba entonces todo el imperio romano, tanto de Oriente como de Occidente, era natural de la Gallaecia. Y lo sabemos por las palabras de otro gran historiador de la Gallaecia, el primer cronista hispano, Hidacio de Chaves, quien empieza su crónica con estas palabras: “Teodosio, hispano de nación, de la provincia de Gallaecia, de la ciudad de Cauca es nombrado Augusto...”

Estamos ante la figura del emperador romano Teodosio, que gobernó todo el imperio romano desde el 379 al 395, justo en la época en que Egeria emprende su camino de peregrinación a los Santos Lugares y a otras regiones del Oriente Próximo y Egipto. Cabe pensar, con bastante probabilidad, que nuestra primera mujer peregrina perteneciese a la familia del emperador Teodosio.

- Theodosius natione Spanus de **prouincia Gallaecia ciuitate Cauca** a Gratiano Augustus appellatur

(Hydatius a. 469)

“Teodosio, hispano de nación, de la **provincia de Galicia** y de la ciudad de Coca fue nombrado emperador por Graciano”



Aclarada ya la procedencia y la personalidad de nuestra escritora, me queda por justificar por qué debemos hablar de una peregrina y no de una viajera y por qué estamos ante un relato de viaje de peregrinación y no de un viaje turístico o literario, de los muchos existentes previamente en la literatura griega y en la literatura latina,

Lamentablemente no se nos ha conservado todo el texto que escribió Egeria y, como ya hemos dicho, carecemos del principio y del final de su viaje, por lo que no sabemos desde donde salió o a donde regresó, si es que consiguió volver a su casa, porque sus últimas palabras conservadas en el manuscrito nos hablan de que no se encuentra bien de salud, cuando está en Constantinopla pensando en visitar Éfeso. Tan solo la parte que se señala en este mapa.



Había una razón especial para a Egeria emprendiera un viaje de tal envergadura allá por el año 380. Y el motivo era que, desde que la emperatriz Helena (Santa Helena), la madre de Constantino, había descubierto, en el año 326, la cruz en la que Cristo había sido crucificado, numerosos peregrinos habían comenzado a viajar o peregrinar a Jerusalén, y entre ellas, nuestra gallega Egeria.

Que Egeria viajaba con verdadero espíritu de peregrinación, nos lo revelan, en primer lugar, las palabras de Valerio del Bierzo. Porque las gentes viajaban, entonces como ahora, por diversos motivos. Egeria viaja haciendo un gran esfuerzo y grandes sacrificios:

“Y así, por voluntad de Dios, ayudado por las oraciones de los santos que me acompañaban, con un gran esfuerzo, porque era necesario que hiciera la subida a pie ya que no era posible en absoluto usar una cabalgadura, aunque no sentía ese esfuerzo y no lo sentía porque veía satisfacerse mi deseo por la voluntad de Dios, llegamos a la cima del santo monte de dios, el Sinaí” (1,3).

Como se ve, en otras ocasiones, no iba a pie, sino en caballos ensillados: “Al oír esto, nos bajamos de las monturas” (14,1). Pero otras veces, por la dificultad del terreno, viaja en burro, como en la subida al monte Nebo: “... que era muy alto, pero de tal modo que, a pesar de su altura, la mayor parte se podía subir montados en burros; solo una pequeña parte era más escarpada, de modo que había que subir a pie con esfuerzo” (11,4).

Aún más, en las zonas desérticas se hace necesario viajar en camello, como ocurre al pasar por Farán.

“...la gente de Farán, que tiene la costumbre de caminar allí con sus camellos, pone de trecho en trecho señales, atendiendo a las cuales se orienta, y así camina durante el día. Y por la noche los camellos siguen estas señales... Así caminan por la noche con más precisión y seguridad que pueda caminar cualquiera en lugares donde el camino a seguir es claro” (6,2)

Se ve que Egeria lo hace con devoción y fe, con la Biblia bajo el brazo, que le sirve de guía y la utiliza para hacer oración en cada lugar santo que visita y que aparece descrito en el texto bíblico.

“Tras llegar... se hizo una oración y se leyó también en este lugar un pasaje del Deuteronomio; no solo el cántico de Moisés, sino también las bendiciones que pronunció sobre los hijos de Israel. Y después de la lectura se hizo de nuevo una oración y, tras dar gracias a Dios, partimos de allí. Era, en efecto, una costumbre nuestra que, siempre que podíamos llegar a los lugares deseados se hiciera allí primero una oración, después se leyerá un pasaje correspondiente de la Biblia, se recitara también un salmo apropiado a la situación y se hiciera de nuevo una oración. Esta costumbre la mantuvimos, pues, siempre, por la voluntad de Dios, en todos los lugares deseados a los que logramos llegar” (10,7)

Como vemos, todo un ritual con una estructura más o menos fija. Al llegar, se hace la lectura del pasaje bíblico correspondiente con el lugar, luego cantan salmos y rezan una oración. La estructura más completa consta de cuatro fases: oración, lectura, salmo y otra vez oración. Si hay un obispo presente, se añade una bendición. En ocasiones hay también una celebración eucarística: “Leído, pues, en este lugar, todo lo correspondiente al libro de Moisés, hecha la oblación según el modo habitual y tras haber comulgado, en el momento de salir de la iglesia, los sacerdotes del lugar nos dieron “eulogias” (3,6); “Así, al otro día por la mañana, le pedimos al obispo que hiciese la oblación y se dignó hacerla y, tras recibir su bendición, partimos” (16,7).

Además de sus rezos privados y con sus acompañantes, durante las visitas que hace a los diversos lugares santos, participa en celebraciones litúrgicas organizadas por los monjes y el clero y, sobre todo, en las celebraciones de la Semana Santa, Pascua y Pentecostés en la ciudad de Jerusalén. Así, la vemos presente en vigilias de oración y en la participación en la eucaristía, en la predicación y en las procesiones a los distintos lugares que recuerdan la vida de Jesús y en la veneración de las reliquias que allí se conservan. No es un viaje de placer ni de turista, sino de peregrinación y de sacrificio.

También se descubre en ella un sentimiento de curiosidad por ver con sus propios ojos y tocar los lugares en donde vivieron o murieron muchos de los personajes de la Biblia. Del viaje se lleva “eulogias”, es decir, recipientes de barro que contienen agua o aceite del

templo y otros recuerdos, y también se lleva reliquias, sobre todo de la santa cruz, el “lignum crucis”, como nos testimonia un curioso pasaje del texto de nuestra Egeria.

Es precisamente en la época de Constantino cuando, desde Occidente, se empieza a acudir a Jerusalén y cuando el interés y el culto por las reliquias crecen de forma desmesurada. Tras las últimas persecuciones, los cuerpos de los mártires se sepultan con suma veneración y sobre sus sepulcros se levantan templos y altares. Dado que el santo ya ha alcanzado la visión de Dios, su cuerpo es también santo y emana una fuerza protectora y curativa. Surge entonces el interés por sus reliquias y objetos que estuvieron en contacto con él. Así, vemos a Egeria entusiasmada y loca de alegría por poder visitar la tumba del apóstol Tomás: “Una vez llegados a Edesa (hoy Urfa, en Turquía), nos dirigimos al punto a la iglesia y al sepulcro de Tomás, y, una vez hechas las oraciones y las demás cosas que era usual hacer en los lugares santos, leímos también allí algunos textos de Santo Tomás. La iglesia que hay allí es inmensa, muy bella y arreglada recientemente, de modo que es ciertamente digna de ser la morada de Dios. Y puesto que había muchas cosas que deseaba ver allí, tuve que hacer una parada de tres días” (17,2).

Fueron muchos años de peregrinaje, probablemente cuatro, y tenía que regresar porque se sentía agotada y quizás enferma, o eso, al menos, es lo que cabe deducir de estas palabras que escribe a sus “sorores”: “Tengo intención de llegarme a Éfeso, para hacer oración en el sepulcro del santo y bienaventurado apóstol Juan. Si estoy viva después de esto, y si puedo conocer otros lugares, lo contaré a vuestra caridad personalmente, si Dios se digna concedérmelo; y si me viene a la cabeza otra idea, os lo anunciaré, sin duda, por escrito. Vosotras en tanto, señoras, luz mía, dignaos acordaros de mí tanto si vivo como si muero” (23, 9).

Quizás se nos quedó allá, en Constantinopla, para siempre, nuestra gallega Egeria, pero nos dejó su obra con la que seguimos disfrutando y aprendiendo.

SOMMARIO

Egeria fu una donna straordinaria del IV secolo, distintasi sia come scrittrice che come pellegrina. La sua opera, redatta in latino, rappresenta il più antico testo letterario di una donna giunto fino a noi. Il presente studio esamina le origini geografiche e familiari di questa scrittrice pionieristica, nonché le motivazioni del suo viaggio.

ABSTRACT

Egeria was a remarkable fourth-century woman, notable both as a writer and as a pilgrim. Written in Latin, her work is the earliest surviving literary work by a woman. This study examines the geographical and family origins of this pioneering writer, as well as the reasons for her journey.

AOM-AME – NUMERO 3/2

J. E. López Pereira, *Egeria*, primera escritora latina, cuya obra ha llegado hasta nosotros

Anno 2026

ISSN: 3034-9125

PAROLE CHIAVE

Egeria

Galizia

Passio Perpetuae

Peregrinatio ad Loca Sancta

Itinerarium

KEYWORDS

Egeria

Gallaecia

Passio Perpetuae

Peregrinatio ad Loca Sancta

Itinerarium

Contributo sottoposto a referaggio “double blind”.